

PERIÓDICO SATÍRICO DE CIENCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Monier, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidas FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

EL SUSTO DE PLUTÓN.

Después de un enojoso día de invierno, de aquellos en que sin decir: *agua va!* se complacen las cataratas del cielo en convertir á los hombres en animales anfibios, retiréme yo á mi bohordilla con la cabeza pesada merced á las influencias de la humedad y al aturdimiento que produce el hastio de esos días en que para matar el tiempo se charla sin tino ni conexión de una porción de cosas heterogéneas. Despejéme tranquilamente de mis vestiduras y colocado en la cabeza el imprescindible gorro de dormir zampóme boníticamente en aquel para mi duro campo de batalla, porque como al poeta francés que así llamé al lecho sucedíme también que soy muy propenso á los insomnios y á las pesadillas cuando tengo la fortuna de dormir. Como para conciliar el sueño necesitó el narcótico de alguna lectura oportuna, y á la vez para no perder el tiempo, me dediqué á aquel que entre mis libros me parecía más á propósito, un opúsculo homeopático.

A lo metafísico y tenebroso de tal lectura, reuníase el lúgubre tono de la luz de mi belón, cuyo pábilo erizado de esas resetas carbonosas que forma la trabajosa combustión del aceite en tiempo húmedo, daba á su llama un tinte rojizo y sanginolento: y fué tan poderosa la influencia de estos accesorios, que mis párpados principiaron á estenderse gravemente sobre los ojos antes de la hora acostumbrada. En estos dulces momentos la imaginación antes de adormirse dentro de la cabeza dormida ya; libre de la atención que por su facultad perceptiva les debe á los sentidos, oficiales de secretaría que en este caso son los que primero han cerrado sus despachos, llamando á su auxilio á la memoria archivera de sus impresiones se entretiene todavía un momento antes de abandonar el cerebro á un completo reposo en formar un breve epílogo de todos los sucesos y pensamientos que le han afectado en el período de actividad de aquel día. Aparece entonces en rápido torbellino una porción de ideas que tomando á veces una apariencia material y corpórea, constituye ante nosotros por una serie de metamorfosis el caleidoscopio de nuestra vida moral de aquel período.

Habíame caído de la mano el opúsculo homeopático, por efecto de su propia pesadez, pero las líneas del último párrafo que había leído tomando en mi imaginación la forma real de esos alardes de los dibujantes caligráficos en que cada letra está representada por un monito ú otro avechuelo inclasificable, principiaron á pasar y repasar delante mi vista mental en una danza fantástica haciendo muecas y chocándose y variando de colores y proporciones con una rapidez maravillosa. «Dichosa la humanidad—leía y releía yo—el día en que la espermentación pura haya dado á conocer todas las materias activas homeopáticamente, pues entonces...» y de repente cuadrándose doce de los monitos que figuraban las letras, con la precisión é inmovilidad de un cuadro vivo representaban la palabra *inmortalidad*: y tan pronto como yo la había leído se dispersaban saltando y brincando. Yo no sé

24 DE ENERO.—1851.

si sería aprensión pero el monito que puesto en cruz figuraba la *t* y que tenía trazas de ser uno de los mas sabios y formales se me figuró que se hallaba muy á disgusto entre sus compañeros.

—Efectivamente; comentaba el yo despierto que aun medio velaba dentro del yo dormido, —efectivamente, dichosa humanidad!—y como en el transcurso del día se había ocupado en las conversaciones del fósforo y del vapor y de la lluvia. —Dichosa humanidad del siglo XIX; repetía; el fósforo te ilumina; corres, andas y vuelas con el vapor, has inventado las botas impermeables de piel de perro y los paraguas de resorte y de bolsillo!—y entonces á la luz de una cerilla fosfórica (macho) de la fábrica de P. Lizarbe y compañía en Cascaete pasaban delante de mí vapores de 80 cañones de 4 90, convoyes de camiones de hierro y colos gigantes, cosas inmensas alas movía también el demonio del vapor, —y después de todo esto, dichosa humanidad del siglo XIX de hoy en día vi á la *t*... y los doce monitos se convirtieron en un siempre mal humorado y fuera de lugar el de la *T*. —La *inmortalidad*! por vida de tantos, que en cuanto lo sepan Plutón y todos los diablos han de darse á todos los demonios! —Pardiez que sería digno de ver el gesto que pondría su diabólica magestad cuando se apercibiera de la morisqueta!

—A esta altura de mis elucubraciones debí quedarme del todo en todo dormido porque libre sin duda mi imaginación emprendió, creo que por curiosidad, el camino seguido en otros tiempos por el cantor de Tracia, por el héroe pio de Virgilio, por el espíritu del Dante, y por algunos otros que no recuerdo: y no se como ni por cuales caminos encontréme de manos á boca nada menos que á bordo de la de Caronte con los emigrados de la última realeza. Asustéme por cierto pues no estaba muy seguro de haberme echado en el bolsillo la indispensable moneda con que el viejo barquero acostumbra á hacerse pagar el flete, pero recordé que según Virgilio se pagaba antes de entrar y concluí mi silogismo diciéndome; yo estoy dentro, luego yo he pagado.

Después de pasar el Leteo creía yo que como le sucedió á Eneas antes de llegar al Tártaro tendríamos que atravesar á pié los Campos Elíseos, pero el espíritu de reforma ha penetrado también allí, y desde el desembarcadero de Caronte hasta la boca del Tártaro se ha construido por orden de Plutón un camino de hierro para mayor comodidad de los viajeros infernales.

—Caspita! decía un muertecillo hablador único que en toda la travesía había roto el silencio, hasta aquí vamos bien y mi muger se llevó chasco. —por que es de advertir que siempre que había hablado, había manifestado hacia su muger un odio póstumo indigno de un difunto. Apenas entramos en el convoy, principié á notar á uno y otro lado del camino grupos siniestros que se multiplicaban á medida que nos acercábamos á las zahurdas de la residencia infernal.

A la puerta del palacio de Plutón había un motín, un verdadero pronunciamiento de todos los demonios.

Mueras, votos, gritos, voces
maldiciones espantosas
y otras muchísimas cosas
endemoniadas y atroces.

—Alto! alto! gritó una legión de energúmenos al conductor del convoy—abajo, abajo, que nos digan, que nos cuenten!.. Hizo alto el convoy: como cuántos vienen? preguntó un diablillo zambo que parecía uno de los agitadores de aquel tumulto. —Los mismos que siempre! —Contestó con gravedad el diablo conductor, que por lo rojo y por lo serio parecía un diablo inglés. Esta respuesta logró calmar un tanto la efervescencia de aquellas masas. Nuestro muertecillo hablador todo temblando de miedo preguntaba á unos y á otros la causa posible de aquel meeting diabólico mas como todos eran muertos recientes y novatones ninguno supo darle razón.

Pero abriéndose de repente aquellas compactas masas principiaron la mayor parte de los diablos á acomodarse en anchas ruedas y traidos de las garras á la luz de resinosas teas, comenzaron una danza pirrica al compás del siguiente coro.

Sus! á la tierra, á la tierra!
pasaporte! hagamos guerra
á esa terrible legión!
Porque si alcanza algun día
perfección la homeopatía
se acabó la comición!
Eso de *inmortalidad*,
es una barbaridad!
déjanos salir, Plutón!
Sus! á la tierra á la tierra!
pasaporte! hagamos guerra
á esa terrible legión!

—Tá! tá! tá! tá! —prorumpió mi compañero de viaje, —las fanfarronadas homeopáticas han puesto en conmoción á estos pobres diablos, yo puedo ser buen testigo de que....

Rechinaron en aquel momento las puertas de hierro del alcázar del rey de los abismos y en lo alto de su pórtico apareció terrible y amenazadora la deidad de aquellas regiones seguida de toda su corte. —Qué pedís? gritó con voz de trueno, hablad! —Encarámose sobre otros cuatro un diablillo charlatan y travesuelo, y dijo de esta manera. —Poderoso señor, la Homeopatía hija espúrea y emancipada de Esculapio amenaza á tus reinos con la mas espantosa usurpación; la inmortalidad de la raza humana va á ser muy pronto una verdad; cuando los hombres al morir se nos venían solitos y por su pié, no-rabuena que no tuviéramos pasaportes para la tierra, pero si ahora no han de venir ya mas por el camino de la muerte, si nos falta ya trabajo, preciso es que se nos den para irlos á buscar á ella y para estirpar la semilla de esa peligrosa ciencia cargando de una vez con todos sus sectarios. —Hurrah! pasaportes! Sus! á la tierra! —Contestaron en coro todos sus amotinados compinches.

Con solo un ademán impuso silencio el dios de las tinieblas y no hubo diablo, grande ni chico que dijera esta boca es mía.

—Responded—añadió á uno de sus ministros ó

jueces que era el secretario del ministerio y me dijeron que se llamaba Radama. to.

—Señores diablos, comenzó este, puedo asegurar para tranquilidad de todo el infierno, que de los datos estadísticos y de la razón de ingresos diarios resulta que con la homeopatía lejos de disminuir ha aumentado la mortandad de los vivos, por el tiempo de oportunidad que se hace perder á la humanidad enferma; que el ingreso de víctimas homeopáticas está en razón directa de la boga de este sistema en cada país; y que la calidad de estas es superior á la de los demás sistemas médicos, porque además de ser de las clases mas acomodadas entre los vivos, nos las remite enteramente frescas é intactas, sin las desolladuras de las cantáridas, ni las picaduras de la lanceta, del *bdelometro* ó de las sanguijuelas.

Resulta tambien del testimonio presentado ante mí por el *Lucro* y el *Hambre*, en virtud de mandato de nuestro soberano, que ellos fueron los que hicieron brotar en la cabeza de un pensador alemán la primer idea de esa pseudo-ciencia globulifera; semilla cuya fructificación debemos proteger y desarrollar, y cuyos cultivadores sobre la faz de la tierra son en su mayor parte devotos nuestros. Sacristanes que ahorcaron la sotana, médicos destaravillados, profesores-pollos de oscuros antecedentes científicos pero deseosos de medrar por cualquier camino, y.... algunos tontos de buena intencion de esos á quienes para estatuas de la fé no les falta mas que la llama de la creencia; y las orejas de asno para estatuas de la ignorancia.

Resulta además de un *concilium medicum* habido aquí por todas las notabilidades que pudren ab initio scientiæ.

Que Hipocrates ha gruñido,

y Galeno ha suspirado;

y Democrito ha llorado,

y Hércules se ha reído.

Y en fin que el mismo Hanhemán

haciendo por falsa su ley,

ha condenado á la grey

de quien ha sido el Adán.

Un sordo murmullo de satisfacción resonó entre aquellas diabólicas turbas; el motín estaba subyugado, los amotinados convencidos.

—Ya lo veis, amados vasallos míos, prorrumpió Pluton, vuestros temores eran infundados; pero debí decir para justificación vuestra, que yo tambien pasé mi susto cuando tuve la primera noticia de esa fastuosa elucubración de la astucia humana, y que conté por perdidos mi cetro y mi corona; pero en lugar de un enemigo me encontré con un poderoso aliado. Merced á él se conquista para mis reinos cada dia una multitud de vivos recalcitrantes que con un soplo de la verdadera ciencia hubieran tardado mucho tiempo en hacer este viaje.

—Pido la palabra! gritó desde la ventanilla del wagon (en el cual estábamos viendo estas ocurrencias) el muertecillo aquel hablador que la habia usado ya en otras ocasiones;—Silencio!! gritaron á la vez muchos respetables diablos;—Dejadle; dijo sonriéndose el señor del tártaro, la pide para una alusion personal.

—Efectivamente, repuso el muertecillo, y echándose fuera del carruaje despues de trepar á una eminencia que le sirvió de tribuna, dijo así:

—Erame yo, cuando vivia, un hombrecillo enclenque y vidriosillo, pero de esos que tienen, como se dice de los gatos, siete ó setenta vidas. Mas de treinta veces me habia atacado la muerte por medio de otras tantas enfermedades, y otras tantas la habia desollado yo con el auxilio de la ciencia. Tuve una vez una enfermedad á que mi médico dió un nombre acabado en *itis*, y con sangrias, sanguijuelas, los llamados revulsivos y la dieta... buenas noches, la pelé. Tuve despues una pulmonía, y mi médico de entonces partidario del *contraestímulo* á fuerza de tartaro emético me sacó adelante. Padecí despues una afección hepática, y un médico higleyista á puro *aloéticos*, y polvos y píldoras de la medicina vegetal de *Morisson* me quedó como un reló. El método de *Raspail*, y hasta el de *Le Roy*, fueron para mí en distintas ocasiones medios de reconocida salvacion. Enfermé pocos dias ha, y empeñada mi mujer que era bastante dada á todo género de modas, en que me curara homeopáticamente, llamé un doctor

do esa escuela. Vino; echó una gota de cierta tintura madre en una botella de agua clara, y despues de vertir el contenido y de enjuagarla otras veinte y nueve veces justas, me dió una cucharada de aquella agua=(Aquí se rieron todos los diablos);=y otra el dia despues; y otra dos horas antes de morirme. Yo creo que si no hubiera habido sistema homeopático en el mundo les hubiera costado trabajo á mi mujer y á la muerte el enviarme para acá.=Entonces comprendí el odio póstumo que conservaba contra su mujer. Dijo y calló.=Ya lo véis, continuó Pluton, la homeopatía es nuestra aliada porque es aliada de la muerte; *Gloria in profundis* á la homeopatía, y que sus sectarios sean vuestros protegidos.=Hurrah! gritaron locos de alegría todos los diablos, y volviendo á trabarse de las garras y á formar las ruedas, repitieron su danza diabólica al son de estroto coro:

Sus! alegría!

que cada dia

la homeopatía

cobre prosélitos

y voga y aceptacion!

Es aliada

no importa nada!

ella colmada

dará con glóbulos

del tartaro la estension.

Trocóse en gusto

el miedo adusto

de nuestro susto;

de sus farándulas

ya sabemos la verdad.

Sudandando el oro

de su tesoro

por cada poro,

perezca misera

la estúpida humanidad.

Hurrah!!! y á una leve señal de Pluton que se retiraba á su férreo palacio entre las aclamaciones mas estrepitosas, acercáronse al convoy inmensas turbas de diablos que rodeándole por todas partes le impelieron velozmente hacia la boca del tartaro.

Yo no sé si seria el tuñillo á pez y azufre que se desprendia de aquella abertura el que alejó de ella á mi viajera imaginacion, ó si volveria al cuerpo llamada por una tos hija del feroz constipado que le aquejaba; pero ello es que al volver á ese dulce estado medio entre el sueño y la vigilia volvieron á danzar delante de la mente, no ya todas las letras de aquel bendito párrafo homeopático, sino las de aquella última palabrita *inmortalidad* epitome y compendio de la aspiracion de la doctrina. Y... cosa rara! entre los monitos *cacográficos* que constituian las letras, faltaba uno; el hueco de la T estaba vacío.

Reparto de la Gragea.

Yó, carísimos lectores, que estoy por órden suprema encargado de pintar los cuadros que se presentan á mis ojos alumbrados por la luz de la *Linterna*, voy á pintaros hoy uno, que podrá daros idea de todo lo que es capíz la *homeopática secta*.

Este cuadro que yó llamo **REPARTO DE LA GRAGEA**, es la espresion de su farsa, y el resumen de su ciencia.

Sabed, pues, caros lectores que al concluirse las fiestas de Navidad y de Reyes, todos los años, por regla general de ollos, esto es de interés y conveniencia, porque los homeopáticos no conocen otras reglas, se juntan en una casa, y unidos allí, se encierran en la habitacion mas propia para que nadie los vea: porque así como fabrican la dulce miel las abejas poniendo un velo del hombre á la mirada indiscreta, del mismo modo formando la antítesis verdadera de estos insectos, parodia de su fecunda tarea,

los médicos homeopatas forman tambien su colmena, porque saben que el misterio dá valor á su gragea.

El año cincuenta y uno, y el mil ochocientos quedá en el tintero, porque se sobreentiende, á una mesa sentados los homeopatas están con la circunspecta seriedad, que tener ante un alcalde de montería.

El que hace de presidente blanco chalequito lleva: con el *similia similibus curantur*, el mala pecora puede gastar facilmente seis cuartos de lavandera.

Con esto no ofende á nadie; si con esto se consuela llebele siempre mas blanco que la nieve de la sierra; justo es que labe el chaleco, quien ensucia la conciencia.

D. Merván, y Pitísú sentados á su derecha están, y Varío y Ronquillo se arrellanan á su izquierda.

Hay de la mesa en el centro una especie de sopera de cristal, en la que todos sus miradas avarientas fijan gozosos al ver que está nutrida y repleta de anisitos tan menudos como los granos de arena que el modesto Manzanares entre sus corrientes lleva.

El Presidente amarillo de emocion la considera, y tanto piensa en el oro que á su color se asemeja: de repente atormentado por una madresa idea, alza su escuálido rostro y dice á los que le cercan.

—Se puede hablar?—Si se puede, unánimes le contestan.

—Todos te somos leales.

—Están cerradas las puertas?

temeroso el sacristan vuelve á decirlos y apenas muere el acento en sus labias, cuando todos se dispersan registrando los rincones viendo si están bien cubiertas las rendijas y agujeros, y á tanto su temor llega que hasta del alto balcon alanzan la falleba.

Vuelven todos á sus puestos con la confianza plena de que nadie los esnucha, de que nadie los observa; y entonces el presidente así dice á la asamblea.

Preparan los botiquines Merván Pitísú y consortes; y al punto los malandrines lo hicieron como arquelines que se mueven por resortes.

Al ver esto el presidente, con su mano descarnada empezó á dar á su gente la gragea *Omnipotente* cucharada á cucharada.

Segun en los botecitos que están estos anisitos servirán para los males; y os dirán los rotulitos sus virtudes principales.

Así el sacristan decía á la par que los llenaba con aplomo y sangre fria: y luego así proseguía seguro de que triunfaba.

Segun la ciencia divina de Hanhemán, es la mejor de todas, la medicina, que sin olor ni sabor nuestro talento convina. (1)

Esto pregonaba la ciencia de Hanhemán, y yo le alabo porque sé por experiencia que nada hay como la esencia del excremento del pavo.

(1) Es un principio homeopático que los medicamentos no tengan olor ni sabor.

Si lo has gustado en tu afán,
nadie á la experiencia apele
te dijo entonces Merban:
yo me acuerdo que el refrán
diz que ni sabe ni huele.

—Quisiera á esta reunion
hacer una observacion
dijo un hombre diminuto,
homeopático fruto
de la quinta dilucion.

Mi observacion es mas clara
que el Sol que luce en la esfera,
pues hé visto, cosa rara!
que nuestra ciencia se ampara
en una sola sopera.

Son mis dudas tan fatales
que mi razon entre grillos
lucha con ansias mortales:
¿cómo curar tantos males
con los mismos globulillos?

—Eso es una estupidez
en el campo de la farsa
dijo Ronquillo á su vez:
y el que habla así, no es pardiés
digno de nuestra comparsa.

Y ya que la lengua nuevo,
otra observacion aqui
hacer á esta junta debo;
y cuando á cabo la llevo,
mas que por ella, es por mí.

Salvemos nuestro interés
ya que recibamos gritas:
mi observacion será pues
que nadie por sus visitas
reciba el oro francés.

Muy bien dicho: me recrea
Ronquillo tu prevision
dijo el presidente: y sea
disuelta esta reunion,
pues ya la di su gragea.

Y al son de la campanilla
se levantaron ufanos
y de la ciencia petilla
se esparcieron por la villa
como bandada de alanos.

Carísimo lector, ¿por que seas,
niño, joven ó viejo:
si la existencia prolongar deseas,
escúchame un consejo.

Todos los homeopatas alumbra
de locos son, que con la paradoja
del *similia similibus curantur*
de la existencia cortan el estambre;
pues solamente á un loco se le antoja
ir á curar el hambre con el hambre.

Luzbel que con el hombre en guerra impia
está continuamente
hizo brotar la ruta homeopática
soplando á Samuel Hanheman un día
en la ardorosa mente.

Y como tiene al hombre horror profundo,
cuando intenta ponerle moribundo,
á un sectario de ese Hanheman le manda,
y el enfermo se pasa á la otra banda
para nunca jamas volver al mundo.

Si esto amado lector no te intimida
y el *similia similibus* anhelas
manda comprar al punto cuatro velas,
pues no doy dos ochavos por tu vida.

REMITIDO.

Preguntó un camaleon
ayer á cierto alopatico
con un tono algo zumbon:
¿dónde está la redaccion
del *centinela homeopático*?

El hombre que es malicioso
y de condicion muy perra,
le contestó presuroso,
entre mohino y gozoso.
«En el Parador de Sierra.»

Pimienta.

ATENEO DE MADRID.

CRITICA DE LA HOMEOPATIA.

Sr. D. Pedro Mata.

Dos veces se ha presentado el Sr. Mata á hablar
contra la homeopatía y los dos triunfos que ha alcan-
zado son una prueba irrecusable de su talento y de
la buena causa que defiende.

Para que un orador produzca el efecto que desea
en el auditorio, es preciso que ademas de las dotes
morales, reúna cualidades físicas, á no ser que el
esceso de genio lo supla todo, y haga olvidar á los
oyentes los defectos de la persona, para embelesarlos
con los encantos de la elocuencia.

El Sr. Mata reúne cualidades poco comunes: tiene
una gallarda presencia: su voz es varonil y vibrante,
y su ademán magestuoso y expresivo.

Une á sus numerosos y profundos conocimientos
una imaginación brillante con la cual engalana sus
discursos. El Sr. Mata nos ha probado que la medi-
cina no está reñida con la poesía, porque él las ha
sabido hermanar tan felizmente, que en boca suya
nos han parecido compañeras inseparables á pesar de
la inmensa distancia que las divide.

El Sr. Mata se ha presentado con valentía á sos-
tener los principios de la medicina secular, porque
tiene la íntima convicción de que semejantes princi-
pios son indestructibles. Esa misma convicción le hizo
decir al principio de la segunda lección, hablando de
la homeopatía, estas palabras:

«Señores, yo no he venido aquí á dar alfilerazos á
la homeopatía. He venido á clavarla la espada en
la mitad del corazón, para que se agite con las con-
vulsiones de la agonía, síntomas precursores de la
muerte.

Los dos discursos que ha pronunciado el Sr. Ma-
ta, han sido interrumpidos por los unánimes aplau-
ses de una numerosa y distinguida concurrencia.

Para imprimir en el ánimo de los oyentes la con-
vicción y la fe, no es solamente necesario saber ha-
blar, sino defender una causa santa y justa, porque
entonces á través de las palabras del orador se descu-
bre la verdad, como á través de las aguas de un arroyo
se descubre la menuda arena.

No es digna la homeopatía, de los altos honores
que se le han concedido, ocupándose de ella perso-
nas tan distinguidas como los señores Fran, Brumet,
Asuero, Corral, Gutierrez y Mata.

En las cátedras del colegio de S. Carlos la homeo-
patía quedó aspirante.

En los salones del Ateneo el Sr. Mata se ha encar-
gado de darle el golpe de gracia.

Es lástima que una sociedad como la del Ateneo,
no pague de sus fondos un taquígrafo que copie los
discursos del Sr. Mata, porque de ese modo tendrían-
mos una coleccion de lecciones tan brillantes, como
instructivas.

PRINCIPIOS DE LA HOMEOPATIA.

Sr. D. Pio Hernandez y Espeso.

Este es el adalid que ha salido á la palestra pa-
ra defender los fueros de la homeopatía.

Antes de pasar adelante, es preciso que sepan
nuestros numerosos suscritores, que D. Pio es el ho-
meopata mas completo que se conoce en España,
porque ademas de serlo en sus convicciones, (según
él dice) lo es en el nombre y en la presencia.

Desafiamos á cualquiera que haya repasado de-
tenidamente el calendario, á que nos presente un
nombre mas diminuto, mas homeopático que Pio. La
presencia de D. Pio, es tal vez, y sin tal vez mas ho-
meopática que su nombre. Para que no se crea que
nosotros exageramos, vamos á copiar lo que dice el
Boletín de Medicina al hablar de él.

«Es un hombre pequeño, seco, morenillo, barbi-
lampiño y de mediano aspecto.

Efectivamente este periódico dice la pura ver-
dad: D. Pio es demasiado pequeño, demasiado fla-
co, demasiado moreno, y demasiado barbilampiño.

Calcúlese el efecto que un hombre de estas cua-
lidades físicas producirá al presentarse ante un pú-
blico, que por mas distinguido, por mas ilustrado
que sea, no puede menos de ver el ridículo aunque
se le presente vestido de frac y de guante blanco.

D. Pio es demasiado pequeño para sostener las
colosales pretensiones con que se anuncia; intenta
derrocar la medicina, recordándonos con esto la fá-
bula de la *vivora y la lima*.

D. Pio es en su modo de hablar incorrecto, tra-
bajoso y vacilante: carece de ese fuego que arreba-
ta á falta de convencer; en una palabra su genio es
tan homeopático como su figura y su instruccion.

El público le oye con indiferencia, y le contem-
pla con esa mezcla de curiosidad y compasion que
escita su estraña presencia. Sentimos en el alma de-
cirlo, pero por el interes con que le miramos, qui-
sáramos que se retirase de la palestra antes que su
formidable adversario el Sr. Mata le concluya de ano-
nadar bajo el peso de su elocuencia.

A falta de otras cualidades, tiene D. Pio una bu-
ena dosis de atrevimiento; porque atrevimiento se re-
quiere para decirnos, entre otras mil lindezas

«Que la homeopatía no necesita, ni de la anatomi-
a, ni de la física, ni de la química, ni de la ho-
tánica.

Estas solas espresiones bastan para acreditar la
homeopatía.

Prosiga pues con valor
piando en aquella sala
y temple su mal humor,
porque si la causa es mala,
el abogado es peor.

PRODIGIOS HOMEOPATICOS.

ALCANCE.

Alumbra Linterna.

Estracto fiel de una curacion puramente
homeopática de una pulmonía *verdad*, que no
de esas pulmonías *mentira*, pregonadas sin ce-
cesar como milagros de los maravillosos globu-
lillos.

EL BRIGADIER DON MIGUEL MARIA DE PANIAGUA,
secretario que fue de la direccion general de
infantería, ha fallecido el 20 de enero de 1881.

El director general de la misma arma don
Leopoldo O'Donnell; y los hermanos del di-
funto, (que en paz descanse,) lo participan á
sus amigos rogándoles pidan á Dios por el des-
canso de su alma y tengan la bondad de acom-
pañar al cadáver que se trasladará de la casa
mortuoria, calle de la Magdalena, núm. 7,
al cementerio de la parroquia de S. Sebas-
tian, á las tres de la tarde de hoy martes 21
del actual.

Nota. Los amigos del difunto que no ha-
yan recibido papeleta, lo considerarán oca-
sionado por la premura del tiempo y se servi-
rán dar á este anuncio el valor de aquella.

Alumbra Linterna.

Han dirigido la curacion, desde el princi-
pio el Excmo. Sr. Nuñez, y en apelacion el
Excmo. Sr. Hysern.

Hemos oido que la desgraciada viuda ponía

el grito en el cielo desconfiando de la homeo-
patía y clamando por otros médicos. Pero con-
sejeros irresponsables la aterraron con la in-
mensa *responsabilidad* que sobre ella pesaría,
de abandonar el camino seguro de salvacion en
que se hallaba el marido, guiados nada menos
que por el mágico mismo que resucita muer-
tos y da vida á los cadáveres á cada paso.

La *Linterna* alumbra y seguirá alumbrando
hasta lograr que vean los ciegos, si es que se
prestan á curar de su ceguera.

Alumbra Linterna.

Pocos dias hace que una señora que vivía
en la calle del Principe, núm. 18 cuarto 3.º fue
acometida de unos vómitos villosos: al segundo
dia se llamó al señor Lario (segundo ó tercer
mágico de la corte,) y con aquel golpe de vista
homeopático que le distingue, caracterizó la en-
fermedad de un vólculo ó sea *miserere*: cuatro
dias siguió la enferma en tal estado, acompa-
ñando á dichos vómitos la supresion de orina y
deposicion fecal: á los siete dias se presentó
una metrorragia en gran cantidad cesando por
completo los vómitos, y la metrorragia continuó
tres dias. El olor fétido y la cantidad de lo es-
pelido puso en cuidado á los interesados, y ha-
ciendo fijar al globulista en estas circunstancias,
les contestó que si no se alibiaba con lo
que contenía un papelito que sacó de la pe-
taca, que le enviasen á llamar. Añadió que lo
disolviesen en un poco de agua, porque él te-
nia prisa y no se podía detener. Al día siguiente
la enferma había espirado, y si recibió la estre-
ma-uncion fué por el cuidado de los asistentes,
no por la prevision del mágico Lario.

Cesa de alumbrar aquí la *Linterna*, porque la luz de las hachas funerarias iluminan bastante á la víctima y á quien estuvo encargado de tan feliz curación.

LINTERNAZOS.

Ultima remesa.—Han llegado de Paris los nuevos modelos de botiquines homeopáticos; los frascos de mayor tamaño vendrán á ser como la punta de un alfiler, de manera que en el secreto de una sortija cabe el botiquin completo. Viene tambien una remesa de sutiles microscopios para uso de los enfermos; porque segun los últimos adelantos de la ciencia, los pacientes no necesitan para sentir la enérgica accion de los medicamentos mas que divisar los imperceptibles globulillos por medio del microscopio.

Los ciegos no tienen nada que agradecer al autor de este importante descubrimiento. Están de enhorabuena.

—¿Qué te ha parecido don Pio? Preguntaba un joven estudiante de medicina á su amigo al salir del Ateneo.

—Quieres que te hable con franqueza, lo contesté este. No he podido verle por haberme dejado los anteojos en casa.

—Pero y su ciencia?

—Su ciencia?... Tan homeopática como su figura.

—**El gefe y sus ayudantes.**—Los señores Nuñez, Lario é Hisern, han demostrado en estos últimos dias la eficacia de sus procedimientos. La señora viuda del brigadier Paniagua y los parientes de la señora que vivia (antes de curarse homeopáticamente) en el número 18, cuarto 3.º, de la calle del Príncipe, están de duelo. En cambio los sepultureros están de enhorabuena. No hay mal que por bien no venga.

—**Fin del mundo.**—Son tantas las cartas que nos remiten los afligidos parientes de los que han muerto víctimas de la funesta homeopatía, que si fuéramos á publicar los nombres de estos infelices, llenaríamos con ellos solamente algunos números de nuestro periódico.

Pues son tantas defunciones las que el sistema infecundo (1) causa en ciertas poblaciones, que hay quien dice en los salones que se acerca el fin del mundo.

—**Los aprendices homeopáticos.**—Estos pollitos hueros están en revolucion y se resisten á reconocer por gefe al señor Nuñez, y por sus segundos á los señores Lario é Hisern. Alegan en su favor, que para matar á roso y belloso, tan útiles son los aprendices como el maestro y sus oficiales. Por esto

(1) Con respecto á curar se entiende, porque en hacer estragos, es mas fecundo que el diluvio universal.

se resisten á ser soldados y quieren sentar plaza de generales.

Porque sin duda estan ciertos los osados mequetrefes de imitar los desaciertos que han cometido sus gefes haciendo parvas de muertos.

GRAN CRUZ.—El Sr. Hisern ha sido agraciado en el *testamento ministerial*, con una gran cruz.

Reconocido á tal distincion, está haciendo méritos y servicios, con curaciones como las de la Señorita Santin de Quevedo (Q. E. P. D.) El brigadier Paniagua etc. etc.

Segun los muertos que entierra, de la razon á la luz, mas que de ciencia, esta cruz es sin duda cruz de guerra.

RECLAMACION.—Deseamos ver dignamente recompensados los servicios de D. Pio que está gastando su *dinamismo vital*, destruyendo su homeopática musculatura con los lastimosos esfuerzos que hace en el Ateneo de Madrid. Con tres ó cuatro crucecitas, aunque tuviera que comprar pecho para llevarlas, se contentaría este *petit enfant*.

Porque si es cierto que hoy dia por cualquiera fruslería cruces dan á Hisern y á Lario, mejor merece un calvario un Pio que tanto pia.

Paga homeopática de un enfermo tratado homeopáticamente.



E.—Cobrese V. sus honorarios.—M. qué me dá V. aquí?—E. Oro disuelto en alcohol: tome V. las cucharadas que guste, mientras retiro la onza que ha estado en infusion.—M. Se burla V. de mí?—E. Nada de eso amigo mio: V. me queria matar homeopáticamente, y yo me vengo pagándole del mismo modo, y oponiendo al *similia similibus curantur*, el *similia similibus pagantur*.

UNA DOBLE ENHORABUENA.

Nuestro número ha obtenido una acogida que no podíamos esperar: la prensa política y la facultativa, han sido demasiado galantes con la *Linterna Médica*. Ademas de los elogios que la han prodigado, la han hecho el honor de copiar algunos sueltos y artículos, en prueba del aprecio con que han acogido los primeros trabajos de la redaccion. Damos espresivas gracias á nuestros colegas por su espontáneo proceder, y procuraremos corresponder á sus galantes atenciones, esforzándonos en llevar á cabo la árdua empresa que hemos acometido.

Esta es la primera enhorabuena.

La segunda, que no es pequeña por cierto, es debida á lo mal que á los grajos de la medicina ha parecido nuestro número. Los homeopáticos le han hallado de mal gusto á su pala-

dar: esto nos satisface, pues con ese objeto procuramos cargarlo de acibar. Mal hubiéramos cumplido nuestra mision si la *Linterna Médica* hubiera sido del gusto de los globuleros.

En cambio y en corroboracion del éxito que la *Linterna* ha alcanzado, nos ha sido preciso rehacer el primer número, á pesar de la gran tirada que de él hicimos, para servir las numerosas suscripciones que se han presentado.

Como prueba de nuestro agradecimiento al favor que nos dispensan nuestros suscritores, damos hoy una costosa viñeta, aunque nada de esto ofrecimos en el prospecto. Nosotros daremos sin amenazar.

A NUESTROS CORRESPONSALES DE PROVINCIA.

Varias hojas de suscripcion han venido con fecha muy posterior á la que marcaban los sellos del correo, y cargando los señores corresponsales las suscripciones á razon de 14 reales, como si hubiesen sido hechas antes del dia 8 de enero. Sea cualquiera la causa que haya motivado esta discordancia, repetimos ahora lo que dijimos en el prospecto. «Los señores corresponsales deben tener entendido que las fechas de sus avisos nos servirán de guia, tomando por modelo las de los sellos de correos.» En esta suposicion, y consecuentes con lo ofrecido en el prospecto, cargaremos en cuenta á los comisionados las suscripciones que han hecho despues del 7 del corriente á razon de 24 reales por cada una. No se sirve ninguna suscripcion pedida por menos de un año.

Imp. á cargo de Manuel A. Gil, Estudios n. 9.